[*Ramonismo*]

Las ruinas de un jadeo

La exuberante prosa caribeña de este francés de origen, cautiva a un lector preso en una saga de mitos y tiempos

:: **Ramón Rozas**

ADENTRARSE en la lectura de 'El sueño del jaguar' tiene mucho de eso que en el propio libro asoma hacia su remate, como es el entender la lectura como una forma de viajar. Nacido en París, Miguel Bonnefoy, con un padre chileno y una madre venezolana, pone en nuestras manos uno de esos maravillosos pasaportes literarios que de vez en cuando logran conmover al lector a través de una historia que se convierte en un viaje en múltiples direcciones que no hacen más que convertir esta experiencia en una de las más gratificantes de las que el ser humano puede gozar.

Empleo la palabra gozo de manera más que premeditada porque esta lectura es un puro goce. Una historia que te atrapa desde las primeras líneas, anclada en las orillas del venezolano lago de Maracaibo y donde asistimos al devenir en el tiempo de una saga de personajes, que serán ya inolvidables para todos nosotros, que agitan sus vidas en ese contexto caribeño tan determinado por los mitos, la naturaleza, las narraciones orales y una galería de personajes donde no está muy claro lo que es real y lo que no, pero poco importa. Todo es necesario y prodigioso. Página a página esta selva literaria nos va deslumbrando a medida que apartamos el exuberante follaje de un lenguaje cautivador y donde hay que destacar la tarea de traducción de Regina López, al pasar del francés, en el que fue escrito el texto, a un castellano que parece brotar de aquel 'El amor en los tiempos del cólera' de un García Márquez generador de universos mágicos que tensionan la realidad de manera prodigiosa.

Miguel Bonnefoy convierte los ecos de su propia familia en una maravillosa historia con una galería de personajes que definen cada uno de los capítulos del libro, a los que se le suman otros nombres que completan una narrativa coral llena de colores y sonidos, de prodigiosas conquistas y las ruinas de un jadeo en que al final el tiempo acaba transformándolo todo. Pero si para algo sirve la literatura es para esto, para que el mito se imponga a la realidad, y la leyenda escriba una historia fascinante que permanecerá en el imaginario popular hasta el fin de varias generaciones. Así sabemos de Antonio, abandonado a poco de nacer en las escaleras de una iglesia y que se convertirá en un magnífico médico y soñador de una Venezuela mejor desde la educación; o a su esposa, Ana María, la primera mujer médico de ese país; o a su hija, Venezuela, emigrante a París donde nace su hijo Cristóbal, escritor deseoso de armar un relato que intuye al otro lado del Atlántico para lo que necesitará abrir pequeñas cajitas que la memoria ha llenado de historias, como la de aquel exótico pingüino aparecido en Maracaibo, o tantas otras relacionadas con prostitutas, contrabandistas, lobos de mar, profecías o hechizos. Todos ellos son capítulos de este 'El sueño del jaguar'.

Pero si algo se impone a todo este universo es la historia de amor de dos personas abocadas a trascender desde el compromiso con el ser humano, deseosos de sustituir el olor del manglar por un mundo civilizado de progreso, educación y saber compartido con los más humildes e ignorantes pero llenos de afectos, sinceridades y gratitudes eternas. Antonio y Ana María, lograrán tener calles con sus nombres, hospitales con sus discípulos, pero sobre todo harán que los que les conocieron, todos aquellos que tuvieron una vida mejor gracias a sus atenciones y objetivos, hicieran de ellos algo eterno, una presencia transversal a diferentes generaciones que además le servirá a Miguel Bonnefoy para rastrear la historia de un país, de una Venezuela repleta de posibilidades y a la que sus diferentes gestores nunca acabaron de entender del todo. Así es como de una entidad primitiva el progreso va haciendo evolucionar a toda una población y a un contexto físico cada vez más vinculado al ámbito urbano, al crecimiento de las ciudades, y a un potencial económico que desde el descubrimiento de petróleo y la crisis de los años setenta, con el embargo a diferentes países árabes productores de petróleo, hicieron de Venezuela una «Venezuela saudí» con un incremento del precio del barril que llenó de divisas y dinero a un país que vio como su fisonomía mudaba a gran velocidad.

Todos aquellos personajes que mantenían un halo heroico, de supervivencia en un mundo que se agotaba, siendo difícil entender lo que se aproximaba, se convirtieron en fantasmas procedentes de un pasado cuyas arrugas eran la gestión de una existencia irrepetible, aunque esta comenzase a los pies de una iglesia, junto a una mujer, la muda Teresa, y con todo un futuro por escribir.

El escritor Miguel Bonnefoy posa en la sede barcelonesa de la editorial Libros del Asteroide. ENRIC FONTCUBERTA (EFE)